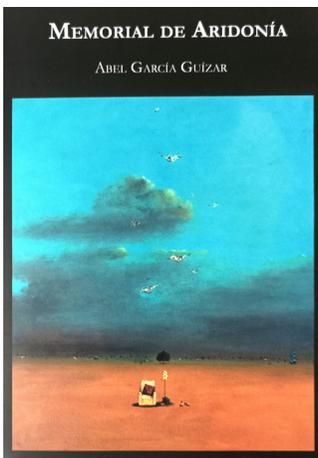


Reescribir el territorio con hombres fugaces bajo el sol.  
Y qué país

Alejandro García

*Si mal no recuerdo, los consultó Compaire, creo que por aquí se llega a Aridonia, ¿no es verdad? ¿Qué si no es verdad que usted cree que mal no recuerda? Contestaron los sombrerudos con la risita burlona de años atrás. ¡Se llega o no chingada madre!, se alteró Compaire por primera vez, hastiado de tanta estúpida insolidaridad. Sepa Pepa, dijeron los sombrerudos. Nomás eso y nada más.*  
Abel García Guízar

*En cierto sentido es una novela muy «de aquí». De hecho, si hablamos de extremos en cuanto a reflejar la identidad regional o local, por un lado, tendríamos a los escritores que se desviven por escribir para un público hispanoparlante amplio, que niegan la cruz de su parroquia, porque la ven como un estorbo para el «éxito» y por otro lado están escritores como Abel García Guízar, que siempre reflejan la identidad lingüística de su lugar de origen.*  
Octavio Pescina



Abel García Guízar, *Memorial de Aridonia*, UAZ/IZC, Zacatecas, 2022.

Reescritura

Cuenta Guadalupe Nettel que Octavio Paz introdujo cambios en la última edición de sus obras completas (Fondo de Cultura Económica), de allí que no siempre coincida en sus textos con la anterior de FCE/Galaxia Gutemberg. De allí también que haya que irse con cuidado a la hora de citar cuestiones polémicas y consultar obra ubicándola. José Emilio Pacheco también ejerció esa labor de oficio y podemos encontrar reescritura en sus poemas. Entre nosotros, José de Jesús Sampederro, poeta de indudable trascendencia en México, ha declarado que tiene versiones diferentes de sus libros publicados. Entre los narradores de complejidad notable como William Faulkner se pudieron conocer realizaciones diferentes de sus novelas escritas en los años treinta, alrededor de su despegue entre un público amplio con *Santuario*.

Abel García Guízar pertenece a esta estirpe de buscadores de la palabra precisa. Amante de la indagación verbal, de la multiplicidad, compleja, de las ideas, se obsesiona por corregir y corregir. Solo que como no queriendo, o queriendo, no lo sé, nos mete en un problema de historia literaria: ¿se trata de la misma obra *Colgados del sol* (2003) y *Memorial de Aridonia* (2022)? Diré de entrada que hay un cambio estructural importante entre el hallazgo en el pulgatorio de un conjunto de documentos que a continuación se hacen saber al lector y la fundación de un lugar que ve pasar a hombres del siglo XIX al XX (algunos se quedan, otras van y vienen, el resto parte sin retorno). El problema quedará para los estudiosos de la obra de García Guízar y para los lectores de su obra.

En lo que aquí me conviene vengo a hablar un poco de *Memorial de Aridonia*, novela que circula desde al año pasado y que no necesita vejigas para nadar. Lo otro es una ventana que abre el amigo Abel en ese proceso que es reescribir. Cada lector reescribe

su propio texto, domina a los demonios del autor e incorpora los propios. Con eso es más que suficiente.

Así que primera recomendación: lean *Memorial de Aridonia* y dense un entre demonios propios y textuales y autorales.

### La tradición

El libro de Abel García Guízar que hoy tengo la oportunidad de presentar se presta para trazar una línea del tiempo de la narrativa de nuestro entorno, sin que esto quiera decir que sea de alcance restringido o de temática conservadora. Son todos libros propositivos y de vanguardia. Me refiero a *Trasterra* (1975) de Tomás Mojarro, *Colgados del sol* (2003) de Abel García Guízar, *La meiga y el trovador* (2013) de Juan José Macías, *Memorias de un basilisco* (2020) de Gonzalo Lizardo y *Memorial de Aridonia* (2022) de Abel García Guízar.

El primer denominador común es su rareza y su complejidad lingüística. En ellas el lenguaje común, sea de habla popular o de habla culta, se va desplazando a la realidad novelesca, va tomando cuerpo y se convierte en elemento esencial. Me atrevería a hablar de un barroco o neobarroco producido en estos cincuenta años de entre siglos. También hay una preocupación por la historia: deshacerla o construirla: Aridonia o Guillén Lombardo. Una mitificación y apropiación del espacio, de la región, más que mítico, literario. Y una dominancia del lenguaje, medio y fin del texto literario, en la palabra se resuelve la vida o la no-vida. En todas ellas campea la utopía, el no lugar, pero todas ellas la registran, la muestran en sus contradicciones, bien sea a través de un territorio o bien a través de sus personajes.

Ahora debo decirles que fue Octavio Pescina, de quien tomo algunas palabras como epígrafe, quien me habló con entusiasmo de la novela de García Guízar de 2003.

Debo comentar que Octavio Pescina fue un alumno de la licenciatura en Letras de la UAZ que obtuvo promedio de 10 en toda la carrera. Lector incansable, ha sido reticente para escribir y más para publicar. Un día me preguntó sobre la novela de García Guízar, después de haberla expuesto en una de las clases. Obtuvo un ejemplar. Su opinión era positiva. Entre otras cosas le llamaba la atención la construcción lingüística de los personajes. Consideraba un logro el que se diera una especie de identidad dentro de la región que señalaba, Aridonia, algo muy cerca de «aquí» señala todavía hoy en un mensaje de inbox que espero hacerle llegar al autor. Su memoria sobre la novela es prodigiosa. El lenguaje es de la novela, así sea Aridonia un espacio preciso en el límite norte de Zacatecas u otro espacio más amplio y arbitrario o una nube que va y viene por donde el lector camine.

Me parece relevante porque Pescina pertenece a una generación de críticos y lectores jóvenes. Y en el momento de su exposición no llegaba al cuarto de siglo. Tengo la hipótesis de que estas generaciones marcan una ruptura y una distancia con generaciones de los cincuenta y más atrás. Leen a los clásicos o a los de catálogo, pero la identidad y por lo tanto una cierta reconciliación generacional se ubica en la obra de Gonzalo Lizardo, en especial *El libro de los cadáveres exquisitos* (1997, con reedición en 2019). He de señalar que ahora un alumno del semipresencial de Letras UAL trabaja como elemento teórico la grafopatía según Lizardo.

De modo que Pescina tiende un puente hacia la generación anterior a Lizardo y hace específicas aseveraciones sobre la novela de García Guízar.

Así que segunda recomendación: lean *Memorial de Aridonia* y dense un paseo en esta aventura, reto y degustación, a veces dulce, a veces amargo, a veces agrídulce, de lenguaje.

## La novela

Si usted va de Zacatecas y pasa el trópico de Cáncer, más allá de los santuarios de Fresnillo, estará cerca de Aridónía, caliente caliente. Se me hace que no podrá llegar a Saltillo o a Torreón, tibio tibio. ¿Será una franja en los límites de Durango, Coahuila y Zacatecas? Puede ser, porque el tropel de mitoteros, fundadores, perseguidores, habladores, podrá venir lo que les venga en gana con tal de escurrirse.

Digamos que Aridónía es producto de tres fundaciones: gambusinos españoles, mitoteros espirituales de Jehová y una paternidad que durante el siglo XIX se escurre. Aridónía es un territorio que se barre con el viento, que mantiene sus lagartijas; pero también es Los conjuros y Santa María y más allá y más acá es Yucatán y es El Paso Texas, el patrimonial maya y la lucha libertaria de unos Flores Magón.

Aridónía es un territorio imaginario a la manera de Italo Calvino, mancha maravillosa que brilla en el desierto con sus hombres colgados del sol, pastores y generales, testigos y tráfugas y es la prolongación al pasado mítico de Sábado o al futuro utópico de los magonistas.

Es el territorio que padece los ecos de los grandes movimientos nacionales: el paso de Juárez y un ministro Prieto, las afrancesas jornadas porfirianas y el desangre de los deslindes, el trasterramiento de Sonora a Yucatán, de Yucatán a Aridónía, el piedrazo en la frente del huertismo en la Batalla de Zacatecas. ¿Pero no será que todo el país es Aridónía? Lo pensará el lector, pero mientras tanto viene la revolución, las incompresiones de Madero (él incomprendido, él que no comprende), los carranclanes, el ascenso y caída de Zapata y Villa, la cima de Obregón y el maximato cuando aún no ponía toda la carne al asador, pero ya ejecutaba católicos, cerraba iglesias y buscaba soluciones cupulares. Vueltas del tiempo y territorio que observa, que aguanta, que soporta y sobrevive.

La novela es complicada. A la altura de la página 100 uno cree que ha vencido, porque al parecer se moverá con mayor agilidad, pero no faltarán los obstáculos y los requerimientos. Hay un momento en que el lector podrá abandonar la seguridad en los significados y en los referentes para dejarse arrastrar por el flujo lingüístico, desatino que tarde o temprano tendrá que pagar con la relectura o la revisión. Y es que el texto es una especie de galería de espejos donde el dijo o el contó, los diálogos, las cursivas escurridizas, permiten escabullirse a un responsable único de la narración. Hacia el final, el dueño de la organización, nos va enfrentado al cierre de algunos de los personajes.

Además de esa identidad lingüística intratextual que señala Pescina hay una serie de recursos que van atrapando al lector. Los capítulos de diálogo mucho abonan a esa afiliación al universo narrativo y tal vez uno desearía que estuvieran más presentes hacia el inicio, donde están esas muescas, pero el lector va por un camino incierto en que no es fácil dejarse atrapar por esos buscapiés.

En toda la novela es importante el lenguaje, reitero, es un personaje esencial, pero es valiosísimo el manejo del humor, de diversas tesituras:

*De escepticismo:*

Luego pasaron dos dándose palmaditas en la espalda y diciéndose uno al otro. Qué tal, ¿eh? Vamos ganando. Y también se perdieron en el humo ¿ganando? ¿Ellos o nosotros?

*Humor negro:*

Al pasar otra vez por las hogueras, nos detuvimos a oír los bramidos que pegaba un hombre. Lo acababan de arrojar crudito en una de ellas.

*Fino religioso:*

Me pregunta si ya llegó la hermana Apolinaria? ¿Hermana suya? No, hermana en Cristo. Se ve que está muy seguro de Cristo.

*Desacralizador y desheroizador:*

— Parece que a don Panchito le urge la dichosa silla y a nosotros también nos anda por ver qué clase de estribos porta.

— Tienes razón se me olvida Venustiano

— Yo oí Ventosiano.

— Pa mí que era Herculano.

*Político:*

— ¡Ni madres —se aferró de ella el soplista—. ¡Esta cobija es propiedad del sindicato!

— Compañero, por mayoría de votos usted ya debía estar dormido!

*De palabra a palabra:*

— Quién anda ahí —pregunto porque clarito acabo de escuchar un ruido.

— Ahí dónde —me responden.

— Ahí abajo.

— Ah, no es nadie. Acaso nomás soy yo.

— Muy bien. Entonces siga en lo que estaba.

— Muchas gracias dice.

Regiones de fundación, de refundación, Aridónía tiene lugar para la hazaña épica, la conquista, el avance, la guerra de aquí y cualquier lugar, para la ventura religiosa sea católica o cristiana. La mujer ocupa un lugar, pero casi siempre es una evocación o un paso por el cumplimiento de la carne. Aunque en las primeras escaramuzas se sabe del amor de Octavio y de las malas artes de una mujer para separarlos y los trabajos inútiles de Sábado para reunirlos, en *Memorial de Aridónía* tenemos un verdadero oasis, unas páginas de gran fuerza lírica, del amor como centro, se trata de «El pozo de la mujer encadenada». Se prolonga con un *leitmotiv*: «Y es que nos amábamos tanto...».

*Cógeme despacito. Abrázame con toda la fuerza de tu amor, me susurró al oído. Condúceme al lugar de los gemidos hasta desmontarme en pedaceras el alma y no me dejes dormir sin decirme, como siempre, que me amas, que me amas...*

Quizás convenga ahora comentar sobre el término frontera en sociedades de fundación y refundación. Aridónía va lo mismo al sureste que a la frontera norte, pero ella misma tiene límites, el rehacerse continuamente es uno de ellos, el no existir en el mapa es otro.

Cormac McCarthy ha mostrado esa tierra de nadie que es la frontera México-Estados Unidos. Atrapados en una cultura de subsistencia, donde la cultura es la relación afectuosa con los caballos o con la tierra sin nombre, los personajes van y vienen de adentro hacia afuera, de afuera hacia adentro. Muchos males provienen de México, pero van a ese país bien por sus animales, bien por sus hombres y no se puede decir que bajen en la escala humana, porque son parte de una misma banda donde la gran cultu-

ra no ha metido del todo la cola, si bien obedecen las grandes reglas del sistema social imperante. Aridónía tiene más lugar para putas que para mujeres de casa, así como los vaqueros de McCarthy se enamoran de las prostitutas de los tugurios, muchos de ellos mexicanos.

Además de la filiación de que he hablado antes y que es una simple proyección mía sobre la narrativa producida en estas tierras, debo decir que las líneas de familiaridad, que no de influencia, se han ampliado en los últimos años. El mismo autor se refiere a Rulfo y Arturo Azuela: ahora podemos comparar la narrativa de García Guízar con Sada y Toscana, con Saramago o con Rivera Letelier, autor de visiones espléndidas sobre el desierto chileno. Tenemos también entre nosotros, joven y enjundioso, a Joselo G. Ramos.

En fin que hago una tercera recomendación: lean *Memorial de Aridónía* y reescríbalo con el autor o sin él y viva la aventura de esos espacios que se esconden entre la bruma o el terregal, entre el mito y la leyenda, entre el recuerdo y el sueño, entre el amor y el odio. Descubriría que mi comentario es corto y tendencioso. No se preocupe, amigo lector, aquí tenemos el libro y al autor a su alcance.